

...santa Teología a donde perteneció con bap...
 to de sus feligreses hasta que hubo de salir porque
 las enemigas que se hacían acorralado del partido libe-
 ral por su perseverancia en la defensa de la santa
 causa de la Religión Católica, lo persiguieron con acer-
 badísima resolución, entonces a la ciudad de San
 Juan del Río en donde por el pronto se le cambió
 el aspecto de las cosas sus servicios como eclesiás-
 tico.

Después de la erección del Obispado en la ciudad
 de Querétaro fue nombrado por el Sr. D. Juan María
 de la Cruz Encargado de la feligresía de San Juan Victoria,
 en la cual hizo muy importantes mejoras pasando
 luego a servir al de Real del Puerto en donde tam-
 bién dejó reconocidos impercederos en el corazón de
 las feligresías a quienes con caridad y ternura sin
 igual conducía al Redil cuando tuvo que abandonar
 los puros para a prestar sus servicios a Real de Ar-
 co.

Fue nombrado más tarde Cura de Jalapa, Real de
 Chico y Landas; pero su modestia, su desprendimien-
 to a los bienes temporales y su infinita bondad lo
 han hecho retratar dichos nombramientos, aceptan-
 do mejor regresar a San Juan del Río en donde ha-
 cía a prestar sus servicios como simple eclesiástico.
 En el punto al presente se encuentra en el punto
 se halla en el último tercio de su vida, su espíritu
 no desmaya y sigue en los años floridos de su
 juventud, sembrando el bien por todas partes y in-
 cluso sin cesar por mantener fundado el laberinto
 sano de la Religión.



SR. PRESB. D. AGUSTIN AGUAYO ARCE,
 CURA DE AGUALEGUAS, (NUEVO LEÓN.)



SR. PBR. D. AGUSTIN AGUAYO ARCE
CURA DE AGUALEGUAS, NUEVO LEON

SR. PBR.
DON AGUSTIN AGUAYO ARCE

CURA DE AGUALEGUAS, NUEVO LEON

QUÉ majestad presenta á nuestra inteligencia el gran mecanismo universal, del cual somos nosotros parte activa! ¡Qué grandeza nos presenta la incommensurabilidad del Cosmos, en cuya continua agitación viven, desde el más brillante y soberbio sol de los creados por la omnipotente mano del Sér Supremo, hasta el más pequeño é insignificante átomo de cuantos lo componen!

Al contemplar esa magnificencia se levanta nuestro espíritu hácia Dios y le ve frente á frente, y entonces, ¡ah! entonces es imposible dejar de amarlo.

¿Quién no ama lo grande, lo bello, lo sublime, lo verdadero? ¿Quién permanecería inconsciente, frío, inmóvil, ante lo que no es comprensible porque es infinito.

¡Ninguno! A no ser que tenga el corazón de roca. Pues bien, ese amor sagrado, ese respeto á todo lo grandioso, se llama Religión.

La Religión es un dón que poseen todos los séres vivientes: el hombre y la bestia, las fieras que habitan en el bosque, las aves que rasgan el espacio, los peces que viven en el mar y aun las flores que vegetan en la selva.

Cada sér, cada átomo, eleva á su manera sus alabanzas al Creador.

Las fieras del desierto rugen, cuando están hambrientas, pidiendo al infinito Dios de esta manera que no les retire su protección. Las aves canoras saludan el despertar de la Naturaleza con trinos y gorjeos que elevan á su Hacedor. Los peces, multiplicándose en el líquido elemento, se esparcen haciendo graciosas ondulaciones por la superficie del agua, mostrando con su continuo movimiento que adoran al Altísimo; y por último, las flores, que carecen de todo sentido con que poder demostrar su amor, abren sus aterciopelados pétalos por la mañana y despiden de su seno virginal los suaves perfumes de que se hallan impregnadas, que se elevan en alas de la brisa hácia las nubes que sirven de peana al trono de Dios.

Solamente el hombre ingrato, desconociendo los favores que debe al que lo alimenta, al que le da el sér, al que le proporciona los más inestimables bienes, haciéndole dueño de lo creado y superior á lo que existe, puede mirar con indiferencia tan inmensos beneficios y desconocer á su verdadero Dios,

forjándose ídolos á su antojo para adorarlos. Sólo el hombre ingrato, como el ángel rebelde, pretende ser y saber más que su Hacedor y desconocer su omnipotencia.

Hay, no obstante, séres escogidos para apacentar el ganado, cuya misión es hacer que vuelvan al redil las ovejas descarriadas. Estos son los Ministros de la Religión más pura y santa de cuantas han existido, la Religión Cristiana, cuya semilla regada con la propia sangre del Hijo de Dios, hubo de fructificar prodigiosamente.

A estos hombres, á quienes su santa misión les ha acarreado innumerables enemigos, está consagrada esta obra que tiene por objeto ponerlos á salvo de todo lo que en su contra se fragua, y al efecto presentamos ahora como digno ejemplo, la vida del ilustre Ministro que honra las presentes páginas.

El Sr. Presbítero D. Agustin Aguayo Arce, nació en Guadalajara, Jalisco, el dia 28 de Agosto de 1862, siendo sus padres el Sr. D. Ambrosio Aguayo Rodriguez y Vallejo, y la Sra. D^{ca} Refugio Arce.

Cursó toda su instrucción primaria bajo la dirección del señor su padre, que es el decano de los profesores de Guadalajara, miembro de la Sociedad López Cotilla y autor de la Gramática, conforme á la Real Academia Española, que sirve de texto en muchas escuelas de ese Estado.

Poseyendo sus padres una regular fortuna, pudieron dar al niño Agustin una brillante educación; así es que en breve tiempo estuvo apto para los estudios de facultad menor.

Apénas cumplía trece años nuestro biografiado, conociendo sus padres su inclinación al estado eclesiástico, en tan corta edad, no vacilaron un momento en colocarlo en el Seminario Conciliar de Guadalupe, único plantel en el que podía conservar los sentimientos religiosos que se le habían impartido desde su cuna.

Allí cursó toda la facultad menor y las clases de Teología Dogmática é Historia Eclesiástica, con gran aprovechamiento, siendo sus maestros los sabios é ilustrados Dres. D. Agustín de la Rosa, Atenógenes Silva é Ignacio Díaz. Terminados estos estudios, y encontrándose á la vez el recién consagrado Obispo de Tamaulipas, Dr. D. Eduardo Sánchez Camacho, en solicitud de jóvenes para empezar sus trabajos apostólicos en su nueva diócesis, en 1883, nuestro joven ministro no vaciló un momento en dejar á sus padres, familia, amigos y hasta su suelo natal, para ir á la frontera á predicar el Evangelio de Jesucristo.

El 16 de Septiembre del mismo año recibió las primeras Ordenes en Tepetitlán, Jalisco, de manos del Ilmo. Sr. Sánchez Camacho. Allí comenzó sus estudios de Teología Moral, bajo la dirección del Sr. Cura Córdova y á fines de 1883 pasó al Seminario Conciliar de San Luis Potosí, donde cursó Derecho Canónico, siendo su catedrático el sabio Pbro. D. Pedro María Segura. En seguida y por orden superior pasó á Ciudad Victoria, Tamaulipas, y allí concluyó sus estudios de Moral y Sagrados Ritos, recibió las Ordenes de Subdiácono y Diácono del mismo Sr. Sánchez, y siendo conocida su aptitud para la enseñan-

za, fué nombrado por el mismo Ilmo. Obispo, Director de la Escuela Católica de niños, donde desempeñó, con satisfacción de sus superiores y de la sociedad victorense, su cometido. No contento nuestro nuevo levita con impartir la enseñanza á los niños, se dedicó á la predicación y demás ejercicios propios de su Orden.

En 1888 su quebrantada salud lo obligó á separarse de Tamaulipas y trasladarse á la que entonces era diócesis de Linares. A fines del mes de Julio del mismo año, después de practicar los Santos Ejercicios en el Colegio de San Juan del Saltillo, y con la dirección de los RR. Padres Jesuitas, recibió la sagrada Orden del Presbiterado, de manos del Ilmo. Sr. López, en la parroquia de Santiago del Saltillo (hoy Catedral), cantando su primera misa en la misma iglesia el día 4 de Agosto del mismo año, asistiendo á ella el Ilmo. Sr. López, no obstante su quebrantada salud.

Inmediatamente recibió el nombramiento de Vicario de la misma parroquia, cargo que desempeñó dignamente y por el cual se atrajo la simpatía, tanto de las personas prominentes de la sociedad, como de los pobres y humildes artesanos.

A principios de Diciembre del mismo año fué trasladado á la Capital de la diócesis con el mismo cargo, y entonces tuvieron el gusto los habitantes de aquel lugar, de ver y admirar el celo con que el nuevo sacerdote desempeñaba su ministerio. Increíble es el entusiasmo que tenía al celebrar las festividades religiosas, existiendo de esto un recuerdo impe-

recedero en los habitantes de Monterrey, donde celebró la noche del 24 de Diciembre una solemne fiesta que nunca se habia visto ni se verá. El Ilmo. Sr. López, viendo el celo del jóven recientemente ordenado, no vaciló en nombrarlo Cura coadjutor de la parroquia de San Felipe de Jesus, de Chiná, Nuevo León. Allí desplegó toda su actividad para instruir é infundir en los corazones de todos sus nuevos feligreses el amor á la Religión y el exacto cumplimiento de los preceptos de la Iglesia, trabajo demasiado árduo y difícil, pues la mayor parte del pueblo se encontraba algo indiferente en Religión. Pero no vaciló en dedicarse exclusivamente á él, poniendo todos los medios que le sugeria su fecunda inteligencia y celo sacerdotal, ya con la frecuente predicación, ya dando todo el esplendor posible á las festividades religiosas, ya trasladándose al lecho del moribundo para impartirle los auxilios de la Religión, ó bien separándose de su parroquia por algunos dias, para ir á llevar el pan de la palabra de Dios á ignorantes y humildes campesinos que se encontraban á larga distancia de la iglesia matriz. Pero sobre todo, en lo que puso un especial cuidado fué en la educación cristiana de los tiernos niños. Tres años dos meses tuvo á su cargo esta parroquia, terminados los cuales, de órden superior la entregó á su digno sucesor el Sr. Pbro. D. Marciano L. Alvarez, teniendo la satisfacción de haberle preparado bastante campo donde debia seguir trabajando en su apostólico ministerio. El Sr. Cura D. Agustin Aguayo Arce, pasó en seguida á Monterrey donde

tuvo el grande honor de ser invitado para asistir á la espléndida fiesta de la imposición del pálio, y por una deferencia del futuro Arzobispo Metropolitano, tuvo la dicha de bendecir la cruz arzobispal y el elegante ornamento que en ese dia estrenó el Sr. Loza, Arzobispo de Guadalajara. El dia 9 de Mayo del presente año fué nombrado Cura interino de la parroquia de Agualeguas, y el 12 del mismo mes y año tomó posesión de ella, la cual rige con la misma actividad y amor para con sus nuevos feligreses, poniendo todos los medios posibles para el adelanto espiritual de ellos, y trabajando activamente para terminar la tercera nave del templo parroquial, que encontró ya principiada.

Esta es, á grandes rasgos, la vida pública de este celoso propagandista de nuestra fe católica, que no dudamos será una de las más firmes columnas de nuestra Iglesia.



SR. PBRO.
DON CRISTOBAL MORALES GREEN

CURA DE S. NICOLAS DE LAS GARZAS,
NUEVO LEON

JULIO César, Graco y Pompeyo, despues de formar el triunvirato, extendieron sus poderosas legiones por el mundo, ensanchando con sus continuas conquistas las posesiones romanas.

Mas la suerte fué contraria al avaro Graco, y el rey de los Parthos desbarató su ejército en la llanura de Mesopotamia.

Italia estremeciósé dolorosamente con la noticia de la derrota de las legiones de uno de los jefes del triunvirato, que desde ese momento se encontró disuelto.

En la Galia se hallaba César y en Roma Pompeyo, y al recibir tal nueva, concibieron ambos el ambicioso proyecto de gobernar uno sólo la República.

Las legiones de uno y otro miden sus armas en Macedonia.

Entre los del ejército de Pompeyo encontrábase Cicerón, que arengaba á las turbas.

La victoria es propicia á César, que vence á Pompeyo, á quien salva la velocidad de su corcel y el viento que impulsa despues á la nave en que se trasladada á Egipto, donde la reina Cleopatra y su hermano Ptolomeo le cortan la cabeza y se la remiten, como muestra de adhesión, al vencedor Julio.

Catón de Utica, que tambien era del partido de Pompeyo, al saber que César no perdona á sus enemigos, y creyendo ver en manos de éste perdida la República, se da la muerte á sí mismo.

Al recibir César el cráneo de su adversario, llora sobre él, recordando que Pompeyo fué uno de sus mejores amigos, y mandó castigar á Ptolomeo que le habia sacrificado.

Luego se hace proclamar dictador de Roma. Distribuye trigo y dinero al pueblo, da espectáculos de gladiadores y convierte el campo de Marte en un lago inmenso, en donde los romanos acudian, ebrios de gozo, á presenciar los simulacros navales con que los obsequiaba el vencedor.

El pueblo se cree feliz bajo la dictadura de César, á quien adora como á un Dios.

En tanto Casio y Bruto, fanáticos republicanos, trabajan en silencio por redimir á Roma, librándola de un dictador.

Un cometa aparece en el cielo; Marco Antonio y Lépido hacen ver á Julio el peligro que le rodea, y muestran el astro como presagio seguro de un grave

mal. Julio no se intimida; ve á su pueblo feliz, recuerda sus pasados triunfos y vive tranquilo.

Pero un dia se dirige á pié, sin armas y embozado en su manto de púrpura, hácia el Senado, rodeado de sus amigos; pero apenas ha pisado el umbral de los pórticos de la Asamblea, cuando cien puñales, saliendo de entre los pliegues de las togas de los oradores, se dirigen al pecho del dictador, que sin inmutarse ve aquel movimiento.

Entre sus agresores se encontraba Bruto, á quien amaba como á un hermano. Al sentirse herido por el puñal de éste, exclama con inexplicable sentimiento:

—¡Tú tambien, Bruto!

Se cubre el rostro para no contemplar el de su querido amigo y cae atravesado, sin vida, á los piés de la estatua de Pompeyo.

Marco Antonio, el rudo y valiente soldado, el amigo de campamento del desgraciado Julio, acude con Lépido al sitio de la catástrofe, mandan trasladar el ensangrentado cuerpo del dictador á la plaza pública y le colocan sobre un lecho de marfil para que el pueblo pueda ver á su protector.

El pueblo se enfurece y los asesinos huyen para morir más tarde en la batalla de Filipos, en los campos de Grecia.

Solo Cicerón, el inmortal tribuno, temiendo el mareo, se desembarca de la galera en la que se habia puesto á salvo y hácese conducir á su casa de campo, donde lo encuentran los soldados de Antonio y le cortan la cabeza, que con un sarcasmo cruel colo-

caron sobre la tribuna del Senado, despues de que Fulvia, esposa de Marco, traspasó con un alfiler de oro la lengua inerte que tantas veces habia conternado y dominado á los romanos.

Lépido y Marco Antonio regresan á Roma vencedores, y se unen en triunvirato, más bien con burla, con el raquíico Octaviano Augusto, jóven de diez y ocho años por aquel entónces, y que más tarde fué el emperador más poderoso del mundo y cuyo reinado de paz conserva de una manera memorable la historia.

Octaviano y Marco arman sus legiones y se encaminan hácia Grecia, dejando á Lépido en Roma, hombre perezoso é inepto para gobernar aquella gran nación, con el objeto de combatir con el formidable ejército que Bruto y Casio habian levantado, y los vencen en la batalla de Filipos, destrozándolos completamente.

Al regresar vencedores á Roma, Octaviano convence á Marco Antonio de la oportunidad que tendria ir á Egipto y seguir haciendo más conquistas. Marco acepta y se dirige con sus invencibles huestes hácia la patria de Cleopatra; pero ésta, sabiendo su intento y creyendo ver caer de sus sienes la corona, en vez de huir ó prepararse para el combate, se embarca en una galera cubierta de oro y pedrería, cuyas velas eran de púrpura y los remos de plata, y sale al encuentro de la armada enemiga.

Marco Antonio, que iba á conquistar los dominios de Cleopatra, no pudo resistir á la fascinación de

aquella mujer ideal y quedó subyugado por la pasión violenta que la divina egipcia le inspirara.

Desde aquel momento el amor que le brindaron los brazos de la astuta reina le aprisionó en sus redes y se olvidó de Roma y de su esposa Octavia.

Augusto, indignado del comportamiento de Antonio, le ordenó castigar á los Parthos que empezaban á rebelarse y á desconocer su poder; pero las legiones de Marco se habian enervado en la corte egipcia y los Parthos los vencieron.

Antonio huyó avergonzado á ocultar su primera y única derrota en el regazo de Cleopatra.

Octaviano Augusto se propuso vengar á Roma y se encaminó con un ejército á Egipto.

Marco Antonio, falto de valor para esperar las huestes romanas, huyó con su amada á Alejandría, donde se atravesó el pecho con su propia espada.

Octaviano, vencedor, hizo su prisionera á Cleopatra; y, noble y grande, le propuso que se ataviara con su manto de púrpura sobre los hombros y la corona real ceñida á sus sienes y que él la haria entrar á Roma por la Vía Triunfal, delante de su carro vencedor.

La orgullosa egipcia nada respondió: sus ojos, negros como la noche, lanzaron una mirada llena de odio y desprecio al romano.

Envió á su esclava favorita Iras, á la choza de un campesino, que le envió en cambio de una bolsa llena de monedas de oro, una caña hueca con una víbora venenosa dentro, en medio de un cesto de flores.

Cleopatra no queria ser esclava.

Atavióse con toda la magnificencia de una reina; ci-

ñóse su augusta corona y se recostó en el lecho. En esta postura, quitó el tapón á la caña, aplicándosela al ebúrneo seno, en el que hincó su ponzoña la serpiente que se encontraba dentro, originándole la muerte.

Octaviano, entónces, reunió en sí todos los poderes de la República, y bajo su reinado de paz nació el Mesías anunciado hacia tantos siglos por los profetas.

Los hombres se llenan de gozo al mirar á Cristo surgir de entre las turbas para predicar su doctrina fructificante.

Treinta años dura la predicación de Jesus, hasta que es sentenciado por vagabundo y trastornador de las turbas, por los pontífices y los sacerdotes.

Muere Jesus, pero quedan sus apóstoles. Siguen éstos predicando el Evangelio, y la regeneración del mundo es evidente.

Perecen unos y les suceden otros, siempre defendiendo la Fe cristiana, siempre inmoliéndose por la verdadera Religión.

Así han trascurrido diez y nueve siglos, sin que los sacerdotes del Catolicismo hayan cejado á los continuados tiros de la impiedad.

Ahora que agoniza este progresista siglo, los herejes, militando bajo diversos estandartes, pero sirviendo á una misma causa, pretenden, al parecer, sofocar de una manera súbita la creencia en los corazones.

Afortunadamente, aún contamos con aguerridos campeones que defienden nuestra Santa Causa, como lo es el Sr. Pbro. Cristóbal Morales Green, cuyos apuntes biográficos vamos á narrar.

Nació el niño Cristóbal Morales en la H. Matamo-

ros el 2 de Diciembre de 1867. Sus padres fueron Don Cristóbal Morales García Cano y la Sra. María Elena Green, natural de Dublin. Fué bautizado en la parroquia de aquella ciudad por el Pbro. Fr. Ambrosio Malavian, habiendo sido sus padrinos el Sr. Coronel Nicolás Montes y la virtuosa Sra. Elisa Broos.

A los seis meses de nacido se trasladaron sus padres á Camargo para atender á los cortos bienes que poseían.

En aquella localidad permaneció el jóven Morales hasta el año de 1878, en que falleció su señora madre.

Tan luego como su edad se lo permitió, se ocupó de monaguillo en la iglesia parroquial, con el deseo de que Dios le concediera ordenarse algun dia.

Obstáculos difíciles de vencer le hicieron salir de aquella población, y se dirigió para Guerrero, á donde estuvo bajo la tutela de un médico, de cuya casa se separó el año de 1882 para irse al Saltillo.

Presentóse nuestro biografiado á los RR. Padres Jesuitas, quienes lo recibieron muy bien y le colocaron entre los alumnos, habiendo sido sus primeros profesores de Latinidad los distinguidos sacerdotes D. Víctor Garza y D. Pedro L. Arroyave.

Cuando concluyó el primer año de Latinidad se retiró para Ciudad Victoria. Allí lo recibió el Ilmo. Sr. Dr. D. Eduardo Sanchez y lo ingresó al Seminario. Cursó en seguida el segundo año de Latinidad, Filosofía y Teología Dogmática, habiendo sustentado un acto público en la capilla del mismo Seminario, y replicádole el Lic. D. Juan Luis Tercero. Este acontecimiento tuvo verificativo el dia 3 de Junio de 1886.